

Juan Carlos Boveri  
Azul,  
la que cuenta historias



© Juan Carlos Boveri

Imagen: La que cuenta historias - JB

Este libro en su formato digital puede ser descargado en forma gratuita. Se permite su reproducción digital, total o parcial, sin fines comerciales, respetando en forma estricta el contenido y haciendo mención de su autor.

## El tren – 1

El tren estaba a punto de arrancar cuando apareció la chica con una enorme valija. Miró el número de asiento en su boleto. Se inclinó tratando de levantar la valija para acomodarla en el portaequipajes.

—Dejá —le dije.

Me puse de pie. Tomé la valija. Era terriblemente pesada. Con bastante esfuerzo, conseguí ponerla en el portaequipajes. Sonreí y me senté. Ella dijo:

—Muchas gracias. Sos muy caballero. No abundan en esta época. Ya que estamos, ¿me cambiás el asiento? No me gusta viajar del lado del pasillo.

Le cedí el asiento.

Se sacó el gabán. Era muy jovencita, alta y delgada. Tenía los ojos azules y era muy bonita.

—¿Te joroba si lo cuelgo encima de tu saco? Si lo pongo en esta percha, me va a molestar todo el viaje.

Tenía el pelo castaño claro, largo y ligeramente ondulado. Usaba borceguíes de gamuza, un jean gastado en las rodillas y una polera roja. Cuando sonreía, su cara se iluminaba y parecía más hermosa aún. Pensé que sería muy difícil negarle alguna cosa a una chica como ella.

El tren se puso en marcha.

—Un, dos, tres, cuatro, un, dos tres, cuatro —dijo—. En *Bajo el volcán*, Malcolm Lowry describe así el movimiento del tren. Es increíble que se le ocurriera describir con números el ruido de un tren sobre las vías —dijo.

—Es un buen libro.

—¿Lo leíste?

—Es uno de mis escritores preferidos.

—¿Los otros? —preguntó.

—Chéjov, Dostoievsky, Camus. A vos, ¿quién te gusta?

—Corín Tellado.

—En serio.

—Soy muy romántica. Tengo todos sus libros. *El enigma de Diana* lo leí siete veces.

—Es raro que leas a Corín Tellado y a Lowry.

—¿Te gusta el asado?

—Sí.

—¿El helado de chocolate?

—También.

—¿Y qué tiene que ver el asado con el helado de chocolate? Me quedé mirándola. Ella parecía hablar con seriedad.

—Un novio que tuve me dijo lo de los números y el tren. Me hizo leer el libro. Estuve un mes y medio para terminarlo, y eso que me salteé varias páginas. ¿Vivís en Rosario? —preguntó.

—Vine a visitar a mis viejos. Vivo en Buenos Aires. Estudio abogacía, estoy en tercero. Trabajo como procurador en un estudio jurídico. Mi viejo no quería que trabajara hasta recibirme.

—En síntesis, te mantiene tu viejo. ¿Te recibís y volvés?

—Me quedo allá. ¿Estás estudiando en Buenos Aires?

—Ahí vivo. Vine a buscar unas cosas. Tomé el tren de las siete de la mañana y, como ves, me vuelvo en el de las siete de la tarde. No sé por qué le dicen «viaje relámpago» a ir y volver en el día. Voy a estar más de doce horas viajando. Medio día de mi vida en un tren. Y porque es un rápido, mirá si fuera un tren lechero y parara en todas las estaciones.

Me sonreí. Hablaba con mucha gracia.

—¿Tenés familia en Rosario? —pregunté.

—No.

Le ofrecí un cigarrillo.

—Fumo habanos.

—No sabía que las mujeres fumaran habanos.

—En mi familia, las mujeres fumamos habanos o en pipa. Pensé que lo decía en broma pero, por el modo en que lo dijo, me hizo vacilar.

—Fumás negros. Sos del Ku Klux Klan.

Sin duda que era muy veloz mentalmente.

—A los yanquis todavía no se les ocurrió mezclar negros con el tabaco —le respondí.

—Son muy creativos. Ya se les va a ocurrir.

—Por ahora, los mandan a Vietnam para que mueran.

—¿Los negros van a la guerra? No sabía. En las fotos de soldados siempre hay blancos y rubios sosteniendo la bandera norteamericana cada vez que capturan heroicamente una aldea con viejos, mujeres y chicos.

Realmente era una chica con gracia. Levantó un poco la cabeza, mirando a lo largo del vagón. Pareció que se fijaba en el modo en que los pasajeros habían dejado las ventanillas: abiertas, a medio cerrar o cerradas. Como si eso le dijera algo.

—Te parecés a Jacqueline Bissett.

—No la conozco. Me parezco a mi abuela. Vos sos una especie de Al Pacino con bigote.

—¿Viste *El Padrino*?

—No sé si la voy a ver. No me gustan las películas de tiros.

—Es sobre el poder.

—Pero hay tiros.

—Sí, pero trata de otra cosa. Es muy buena.

—Si es como las de Bergman, no me gusta.

—Para nada. Es una película perfecta. La actuación, la dirección, la música.

—A mí me gustan las de amor. Con *Love Story* lloré tanto que terminé limpiándome la nariz con el papel del chocolate. ¿Viste cuando Ali MacGraw dice: «Amar es nunca tener que pedir perdón»? Eso es el verdadero amor.

—El amor no existe —dije.

—¿Tu mamá no te quiere?

—Esa es otra clase de amor. Me refiero al amor entre un hombre y una mujer. No es cierto que el amor sea eterno, más bien es como las latas de conserva: tiene fecha de vencimiento. Claro que eso no es amor. Será lo que quieras pero no es amor. Si lo fuera, duraría para siempre. A la gente le gusta emborracharse con palabras bonitas pero vacías.

El guarda pidió los boletos.

—Buenas tardes, señor. ¿Le van bien sus cosas? —le dijo, dándole el boleto.

—Buenas tardes —le contestó, un poco sorprendido por el saludo—. Si, muy bien. ¿Y a usted?

—Acá me ve, conversando con el caballero.

El guarda marcó el boleto y se lo entregó con una sonrisa.

—Muchas gracias, señor.

—Buen viaje —le respondió el guarda.

Torcí la cabeza mirándola. Puso el boleto en el bolsillo trasero de su jean.

Unas gotas de lluvia golpearon el vidrio.

—La lluvia quiere viajar con nosotros —dijo.

No respondí como debía y salí con cualquier otra cosa.

—No me dijiste si estabas estudiando.

—No. No te dije.

—¿Qué hacés? ¿A vos, también, te mantiene tu viejo?

—En este momento, mis padres están en el cielo. Espero que estén muy bien allá, anden por donde anden.

Miró hacia la ventanilla.

—Perdoná —no supe qué otra cosa decir.

—No tenés obligación de saber.

—¿Trabajás? —pregunté, por cambiar de tema.

—Sí.

- ¿Qué hacés?
- Cuento historias.

## El tren – 2

Estiró las piernas y puso un pie encima del otro.

- Te dedicás a escribir.
- No. Soy contadora de historias.
- ¿Chistes?
- Historias.
- Para chicos.
- Para adultos.
- No entiendo.

—Hay gente mayor que busca una dama de compañía. Con el tiempo, sus amistades murieron y sus hijos están demasiado ocupados como para acordarse de ellos. Más bien, quieren olvidarse que existen. Esa clase de gente está sola y precisa de alguien que la acompañe al teatro o a tomar el té. Otra gente ama la literatura pero ya no pueden leer porque se les gastó la vista con el paso de los años. Entonces, pagan para que les lean libros.

—Vos sos una lectora.

—No. Mi abuela contaba historias, mi mamá contaba historias, yo cuento historias.

—Sé que hay lectores de libros. Lo que vos hacés sería algo así como contar un cuento de *Las mil y una noches* o *El Gran Gatsby* sin leerlo.

- No.
- Entonces, ¿qué contás?
- Depende de quién sea la persona.
- Si fuera yo.
- Que te llamás...
- Nicolás, ¿y vos?

—Azul.

—No conocía nadie que se llamara Azul.

—Siempre hay un primer minuto en el que se empieza a conocer. Y un último minuto en el que ya no se puede seguir conociendo nada de este mundo.

—Es cierto —dije, eso había sido muy profundo.

—Lo decía mi ex novio.

Preferí no seguir con el tema y pregunté:

—¿Y qué historia me contarías?

—A vos, Nicolás, te contaría la historia de mi abuela, de cómo comenzó a contar historias, de cómo le enseñó a mi mamá; y algunas cosas más.

—Contame. No entiendo lo que hacés y me gustaría saber de qué se trata.

—Si te cuento, sabrías casi todo de mi vida pero no me importa. Conocí a un viajante de comercio. Pasaba horas en los trenes. Siempre le contaba su vida al pasajero que se sentaba en el asiento de al lado. Decía que el mejor oyente para contarle intimidades es un desconocido. Ignora dónde vivimos, nuestro apellido, no hay nada de qué preocuparse. ¿Qué secretos nuestros va a revelar si no sabe quiénes somos? Ni siquiera se entera que le hemos contado un secreto. Así que a vos, que sos el pasajero que estás sentado a mi lado, te voy a contar la historia de mi abuela.

Biddie – 1

Mi abuela, Biddie O'Hara, a los catorce años no conocía otro lugar del mundo que no fuera la aldea de Cong, en el condado de Mayo, en Irlanda.

A esa edad, su padre, mi bisabuelo James O'Hara, la llevó a Headford, en el vecino condado de Galway. Mi bisabuela Caitlin precisaba comprar telas en la tienda de Sean Flannegan. Haría



unos vestidos para el casamiento de Tom MacGrady y mi tía abuela Devany, que había cumplido dieciséis un mes antes.

En la tienda trabajaba Ian Connelly, al que el señor Flanagan dejaba dormir en el parte trasera. En ese entonces, Ian tenía dieciocho años y, desde el momento en que Biddie entró al negocio, se enamoró de ella. Pero Biddie se encontraba demasiado ocupada en mirar a su alrededor como para prestarle un poco de atención.

Cuando mi bisabuela Caitlin pagó por la compra y se marchaban, Ian Connelly corrió a abrirles la puerta.

Biddie iba detrás de su madre, cargando una caja. Ian se la quitó de las manos, las acompañó hasta el carro y esperó que Biddie se sentara en la plataforma trasera, dando la espalda a mis bisabuelos, ubicados en el asiento principal.

Cuando mi bisabuelo James azuzó al caballo y el carro comenzó a andar, Ian Connelly corrió atrás, se arrancó un botón de la camisa y se lo dio a Biddie.

Él se quedó parado en medio de la polvorienta calle viendo cómo el carro se alejaba mientras Biddie se sentía terriblemente confundida. Ningún hombre de Cong le había hecho un regalo y ni uno de ellos, conociendo el carácter de James O'Hara, se le había acercado.

Biddie no entendía muy bien qué estaba sucediendo ni por qué razón le ardían las mejillas, pero su mano apretó con fuerza el botón.

Biddie – 2

Una semana después, Biddie llevó unas ovejas a pastorear cerca del río. De pronto, se le cortó la respiración. Frente a ella, como si fuera una aparición, estaba Ian Connelly mirándola con sus dulces ojos celestes.

No intercambiaron una palabra. Solo se quedaron ahí, de pie, uno frente al otro.

—¡Ey! ¿Qué estás haciendo? —escuchó Biddie a su espalda. Giró la cabeza y vio a su hermana Devany.

Antes que llegara hasta ellos, Ian salió corriendo.

—¡Te conozco, Ian Connelly! ¡Voy a contarle a mi padre!

Biddie le imploró que no lo hiciera. No habían hecho nada malo y ni siquiera hablaron una palabra.

Devany la tomó del cuerpo, la hizo caer al piso y le retorció el brazo.

—¡No pienso soltarte hasta que confesés!

—¡No tengo nada que confesar!

—¿Estás enamorada de él?

—¡No! Es la segunda vez que lo veo.

—Es bastante. ¿Estás enamorada?

Le retorció el brazo con más fuerza.

Biddie ya no soportaba el dolor.

—¡Sí! —dijo.

Devany la soltó. La ayudó a levantarse. Le dijo:

—Si corrés, vas a alcanzarlo. Yo me encargo de las ovejas.

Biddie vaciló.

—¡Vamos, estúpida! Si no vas ya mismo, tendrás que caminar hasta Headford.

Mi abuela Biddie era la chica más veloz del condado y le había ganado muchas carreras a muchachos. Salió disparando y, a dos millas del pueblo, alcanzó a Ian, que caminaba agitando una rama de avellano.

Con la respiración entrecortada, Biddie le preguntó:

—¿Para qué viniste hasta aquí?

Con su cara pálida y llena de pecas, de repente, enrojecida, Ian demoró en responder:

—Quería verte —le dijo.

Todavía sin poder recuperar por completo el aliento, Biddie preguntó:

—¿Para qué?

Ian miró hacia el piso. Con dificultad, en voz baja, dijo:

—Pienso todo el tiempo en vos. No puedo dormir, me doy vuelta para uno y otro lado. Creo que no puedo tenerte lejos.

Se quedaron en silencio mirando hacia la pradera.

Biddie nunca pudo explicarlo pero, como si el mismo diablo se hubiera metido en su cuerpo, dio unos pasos hasta ponerse junto a Ian. Lo miró a los ojos por unos segundos y le dio un beso en la boca. Luego, como si el viento la llevara, corrió hasta su casa en Cong.

Esa noche, soñó con Ian Connelly y, al despertar en la mañana, supo que él era el único hombre al que amaría en la vida.

Biddie – 3

Durante tres meses, Ian Connelly y Biddie se encontraron, a escondidas, en las ruinas de la vieja abadía de Abbey Cong. Él le llevaba una flor silvestre que cortaba por el camino y ella, un trozo de pastel de manzana. Pasaban el tiempo conversando tomados de la mano y, al despedirse, se daban un rápido beso en los labios.

Una tarde, James O'Hara apareció como un demonio surgido del infierno. Golpeó muy duro a Ian. Le gritó a Biddie que fuera para la casa. Ella dudó pero su padre levantaba tanto la voz que terminó por obedecerlo y corrió a la casa. En la puerta, la esperaba mi bisabuela Caitlin. Estaba furiosa.

—¡Desvergonzada! —dijo.

Le tiró una trompada. Biddie se agachó y mi bisabuela casi se fue de cabeza al suelo por el envión. Sin detenerse a pensar, Biddie subió de a tres los escalones de la escalera y cerró con

llave la puerta de su dormitorio. Temiendo que su padre comenzara a patearla para abrirla, empujó la cómoda hasta bloquearla.

Por supuesto que Caitlin, primero, y James O'Hara, después, se quedaron sin voz gritando que les abriera, y recién dejaron de golpear cuando ya les dolían demasiado los nudillos. Y esto fue cuando anocheecía y era la hora de la cena.

Toda la aldea supo de esto y no había nadie que no le diera la razón a James O'Hara. Biddie cayó en desgracia. Se la consideró una hija ingrata, desobediente, que deshonró a su padre y que moriría como una solterona. Ningún hombre querría tener por esposa a una chica como ella.

Después de estar dos días completos sin abrir la puerta, el Padre Morrison fue a verla.

—Disculpe, Padre, pero si el propio San Patricio en persona llamara a mi puerta, no le abriría —le dijo.

Una hora más tarde, el Padre Morrison desistió.

—Es como querer romper una roca con un tenedor —dijo.

Al día siguiente, Biddie escuchó unos golpecitos en el vidrio de la ventana. Era su hermana Devany. Ella se había mudado con su marido a una granja cercana a Castlebar, también en el condado de Mayo.

—¿Qué hacés acá? —le preguntó Biddie.

Devany había subido con una escalera que apoyó contra la pared de la casa. De un salto, entró al cuarto.

—Empujá —le dijo mientras comenzaba a empujar la cómoda—. Es domingo, se fueron a la iglesia. ¡Vamos, apurate, cabeza de papa!

Biddie la ayudó. Todavía no podía creer que Devany estuviera en su pieza.

—Sacate esa ropa y andá a lavarte. Apestás. ¿Dónde hiciste tus necesidades?

—En el jarrón. Lo vacié por la ventana.

Devany abrió el armario, sacó un vestido; y ropa interior de la cómoda. Dándole un empujón a Biddie para sacarla del cuarto, le dijo:

—Ponete esto. Hacé lo que tenés que hacer pero más rápido de lo que podrías si se incendiara la casa. Y no se te ocurra perder tiempo peinándote ni comiendo. Comés más tarde.

Biddie le hizo caso en todo. Nunca en su vida se lavó ni se vistió tan rápido. Al terminar, comenzó a subir la escalera de a dos escalones para ir a su dormitorio pero se detuvo. Devany se había sentado en una silla del comedor.

La vio ponerse de pie y cargar una valija.

Biddie bajó la escalera.

—¿Realmente amás a Ian Connelly? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Sí —respondió Biddie, con absoluta seguridad.

—Entonces, vamos, afuera está el carro.

—¿Adónde vamos?

—A Headford. Ian Connelly te espera. Ya tiene los pasajes de tren. Viajan a Dublin.

—¿A Dublin?

—Allí te casás con él. Buscá a la señora Dylan. Ella te ayudará.

—Papá va a matarlo y nunca me perdonará.

—Papá nunca te permitirá casarte con él. Hacé lo que te digo. Una vez que estés en Dublin y te hayas casado, comprás los pasajes y te embarcás a América.

—¡Es una locura!

—Claro que es una locura. ¿Qué puede esperarse de vos? Todos saben que estás loca.

—¿Cómo puedo irme de acá? ¿Cómo hago para dejarte? Te extrañaría demasiado.

—Cada vez que yo te extrañe, voy a pensar que, en alguna parte, sos feliz, y eso me hará sentir bien. Subí al carro.

Antes de sacudir las riendas sobre el lomo del caballo, Devanny le dijo:

—Guardá con mucho cuidado esto. Te servirá para los gastos hasta que llegés a América.

Envuelto en un pañuelo, había dinero.

—¿De dónde sacaste toda esta plata?

—Vendí unas ovejas sin que mi esposo lo sepa.

—Tom te va a matar.

—Se va enojar un poco. Pero sé cómo calmarlo.

De este modo fue que mi abuela Biddie se fugó a América con Ian Connelly, después de casarse con él en Dublin.

Biddie – 4

En Dublin, buscaron a la señora Dylan. Años atrás, Sarah Dylan, la mejor amiga de la madre de Biddie, también, desobedeció a su padre y se escapó con Earl Cunningham. Trabajaron duro y consiguieron poner una panadería en la zona este. Tenía cuatro hijos y los tres mayores trabajaban en el negocio. Pocas noticias recibía de Cong y parecía que no le interesaba saber nada de su familia.

Sarah estuvo dispuesta a ayudar a Biddie, a la que veía por primera vez en la vida. Eso fue después de preguntarle:

—¿Sabés que podrías arder en el infierno por lo que estás haciendo?

—Me dolerá menos el fuego quemándome que separarme de Ian.

Ella hubiera respondido lo mismo cuando se fugó con Earl Cunningham. Así que ya no vaciló en hacer todo lo que pudiera por Biddie.

Además, tenía muy presente a su antigua amiga Caitlin, a la que envió decenas de cartas sin que ella respondiera una sola.

De modo que, con una sola bala de carabina, bajaba tres patos: ayudaba a una chica que pasaba por lo mismo que ella pasó; le hacía un bien a la hija de la que fue su mejor amiga; y, como imaginaba el enojo de Caitlin O'Hara, prestarle auxilio a Biddie era una buena forma de desquitarse de ella por haberla abandonado cuando más la precisaba.

Sarah Dylan, esposa de Earl Cunningham, era irlandesa y ninguna mujer irlandesa se queda con las ganas de patearle el trasero a quien se lo pateó antes.

Como fuera, alojó a Biddie en su casa y permitió que Ian durmiera en el sótano de la panadería. De ninguna manera permitiría que se embarcaran antes de casarse. Esto era muy complicado. Biddie, con catorce años, era menor de edad y necesitaba del consentimiento de su padre.

Earl Cunningham conocía bien al reverendo Preston. Durante años le había enviado el primer pan caliente de la mañana y sabía que una vez que comenzaba a beber wiski o cerveza no se detenía hasta estar completamente borracho.

Sarah preparó unos bollos y una gran torta de almendra y chocolate. Earl compró una botella de wiski y, personalmente, se encargó de llevar el regalo. El reverendo Preston lo invitó a tomar unos tragos y, mientras comía los bollos, tomaba un wiski tras otro hablando pestes de los ingleses. Después de vaciar dos botellas, no recordaba ni su nombre de pila. Earl aprovechó para decirle que no se olvidara de la boda.

—¿La boda? —dijo el reverendo.

—Ya está por llegar la sobrina de mi señora esposa, a la que criamos como una hija. ¿La recuerda usted? Varias veces le traje el pan.

—La recuerdo perfectamente —dijo el reverendo.

La ceremonia fue sencilla. Sarah Cunningham arregló un lindo vestido blanco que había usado en su propia boda y se lo dio

a Biddie. El reverendo intentó decir un sermón pero Earl le susurró al oído:

—Ya lo dijo, reverendo. Solo queda casarlos de una buena vez, así todos nos vamos a beber unas copas.

El reverendo Preston los declaró marido y mujer y hasta les dio un papel que probaba el casamiento. Después, se cayó al suelo, en el altar de la parroquia.

El reverendo durmió hasta que la señora Troy, que se encargaba de la limpieza y preparaba la comida del reverendo, lo encontró en la mañana y, tomándolo de los pies, lo arrastró hasta la cama, como siempre hacía.

Llevando una carta que Earl escribió a su hermano Curly, que había emigrado a América; un par de valijas, y un poco de dinero, mi abuela Biddie y su flamante esposo Ian se embarcaron rumbo a Nueva York.

Biddie – 5

Durante unos días durmieron en un rincón, sobre unas bolsas vacías, en casa de Curly Cunningham. Él tenía dos hijos de corta edad, y Maureen, su mujer, estaba embarazada de cinco meses. Curly trabajaba en la construcción y vivía en una pocilga de un sucio edificio de Brooklyn.

Caminaran por donde caminaban, encontraban irlandeses, italianos, polacos, negros y latinos, tan pobres como ellos. Era el año 1928 y nadie hubiera podido imaginar lo que pasaría el año siguiente, cuando el país entró en la Gran Depresión.

Así que no fue un buen año el que eligieron mis abuelos para afincarse en Estados Unidos. Pero, aunque los comienzos suelen ser difíciles, no les fue tan mal.

A los pocos días de llegar, Curly le consiguió un empleo a Ian. Trabajaría de albañil en la construcción del edificio Chrysler, en



Manhattan, y que sería el más alto del mundo hasta que lo superó el Empire State.

Al terminar el primer día de trabajo, Ian dijo:

—¿Sabés que vivimos en una isla, como en Irlanda?

—Claro, en Long Island —le respondió Biddie.

—¡Ah! Vos lo sabías porque leés libros. Tendrías que haberme dicho. Nunca imaginé que estuviéramos en una isla.

Biddie se rió y, una semana después, se empleó en el mercado de O'Sullivan para ayudar con la limpieza y acomodar la mercadería en los estantes. Con el escaso dinero que les quedaba, más algo que les prestó Curly, y le devolverían cuando cobraran sus salarios, pudieron rentar un caluroso departamento en Bushwick, al noroeste de Brooklyn.

El lugar tenía un cuarto de paredes descascaradas, con enormes manchas de humedad, en el que podían cocinar en un calentador, y dormir en el piso sobre un colchón usado al que tuvieron que sacar las chinches. De la canilla del baño, el agua salía en un chorrito; y el inodoro se tapaba todo el tiempo. Nada de esto los afectaba. Se sentían alegres por estar juntos y, aunque comieran una sola vez al día, a cada hora que pasaba se querían y se necesitaban más.

También, era cierto que había días en que extrañaban la gente, el viento y las lluvias de Irlanda. De todos modos, ninguno de los dos tenía la menor duda de que, trabajando con su mejor esfuerzo, podrían salir del nido de ratas en donde estaban metidos. Pero, en los primeros meses del otro año, ocurrió algo que no previeron y todo se complicó.

Biddie – 6

Durante unos días, Biddie sospechó que algo le estaba sucediendo. Pero no pensó demasiado en eso.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

